

"¿Y el ganador es...?"

Preguntas después de Cancún

Miguel González y Klaus Vathroder, S.J.

Tras el cierre sin acuerdo de la V Reunión Ministerial de la OMC, celebrada en Cancún entre el 10 y el 14 de septiembre pasado, y a la luz de las valoraciones dispares que tal hecho ha merecido, podría ser útil apuntar algunos de los argumentos y razones que llevan a entender el resultado final como un éxito o un fracaso.

¿Por qué se bloqueó la negociación?

La causa inmediata del fracaso de las negociaciones de Cancún hay que situarla en el bloqueo a que condujo la postura de los negociadores respecto a los temas de Singapur (inversiones, compras gubernamentales,

competencia y facilitación comercial). Recordemos que en Doha, durante la IV Reunión Ministerial de la OMC en noviembre de 2001, se había acordado que únicamente se lanzarían las negociaciones sobre estos asuntos si existía un consenso explícito al respecto en Cancún. A lo largo de la ministerial fueron numerosas las declaraciones y documentos firmados por países del Sur pidiendo *explícitamente* que no se comenzaran las negociaciones y que continuara en Ginebra el proceso de clarificación de las cuestiones a negociar. A pesar de ello, la insistencia, especialmente por parte de la Unión Europea, en introducir dichos temas en el borrador de declaración final, junto con la postura encontrada de más de 70 países, hizo que el canciller mexicano, presidente de la reunión, decidiera dar por concluido el encuentro, ante la imposibilidad de acercar posturas.

El hecho de situar los temas de Singapur en el centro del debate de la reunión da buena cuenta del desenfoco con que algunos negociadores se acercaron a Cancún. Supuestamente en México se tendría que haber avanzado en algunas cuestiones de especial interés para los países más pobres, recogidas en la llamada "Agenda del Desarrollo" de Doha. Estas cuestiones, como el Trato Especial y Diferenciado, las Cláusulas de Salvaguarda y Productos Especiales, quedaron eclipsadas por una agenda a la medida de los más ricos.

Si los temas de Singapur pueden considerarse como "la mecha", el "cartucho" del desencuentro que explotó estaba elaborado a base de un compuesto doble. Como primer ingrediente, obviamente, la cuestión agrícola, con tres bloques bien diferenciados: EE.UU. y UE, por un lado, el G20 (países en desarrollo, potentes en agricultura, liderados por Brasil, India y China), por otro, y por último, una alianza a favor de los Productos Especiales y del Tratamiento Especial y Diferenciado, con más de 30 países en desarrollo, con fuerte peso africano. Estos dos últimos grupos quedaron fuertemente decepcionados con el borrador de

declaración que salió después de tres días de negociación. La absoluta abstracción e indefinición de los compromisos por parte del primer bloque generaron un profundo malestar, e incluso ira, entre las delegaciones de los países pobres.

El caso más llamativo es el subsidio estadounidense de US \$3,3 billones a 25.000 agricultores de algodón, que les permite convertirse en el primer exportador mundial a pesar de que sus costes de producción sobrepasan aquellos de 10 millones de agricultores del algodón africanos. Los pequeños agricultores de África perdieron US \$ 1 billón al año en ganancias del exterior porque las exportaciones subsidiadas de EE.UU. monopolizan los mercados, disminuyendo los precios en un 50% entre 1997 y 2002 (Financial Times 11.09.2003). ¡El borrador de la declaración final de Cancún ni siquiera critica los subsidios estadounidenses, sino que recomienda a los países africanos diversificar su producción de algodón!

El segundo ingrediente del explosivo tiene que ver con la ausencia de reglas y de transparencia en las negociaciones que se producen durante las reuniones ministeriales. Parece mentira que una organización como la OMC, que hace gala de estar dirigida por sus miembros y de ser transparente, no cuente con procedimientos claros que dirijan el discurrir de estos encuentros. Esa ausencia de normas es el caldo de cultivo perfecto para la proliferación de prácticas indignas de ser calificadas como democráticas. El nombramiento "a dedo" de los facilitadores de los grupos de trabajo, que a la postre tendrán un peso importantísimo en los textos que emerjan; la falta de conocimiento de quién redacta los borradores; la arbitrariedad con que se tienen o no en cuenta las posturas de diversos países; las reuniones exclusivas y a puerta cerrada; los chantajes y las presiones bilaterales, etc. son tan sólo algunos ejemplos de lo que se puede llamar *informalidad excluyente*, y que tanto contribuye a que muchos países digan "hasta aquí hemos llegado".

¿Nos tenemos que alegrar del fracaso de la cumbre?

Seguramente, en la retina de mucha gente ha quedado la imagen de delegados de las ONG y de personas del movimiento antiglobalización celebrando con "bombos y platillos" la ruptura de las negociaciones de Cancún. Detrás de ese gesto, sin embargo, se pueden encontrar diferentes posturas: desde quien ve lo sucedido en Cancún como un triunfo de la gente frente a la maquinaria de la OMC ("hemos hecho que se descarrilara"), hasta quien expresa con su canto un suspiro de alivio porque se evitó un mal mayor, como es el caso de numerosos delegados de los países del Sur que sostienen "mejor ningún acuerdo que un mal acuerdo". Y no cabe duda que el borrador que se presentó el sábado 13 al mediodía sentaba las bases para un mal acuerdo: temas de Singapur lanzados, mucho "humo" en agricultura, mucha cicatería en acceso a mercados e iniciativa del algodón insuficiente. "No nos podemos presentar a la gente en nuestros países con un texto así", apuntaba el ministro de comercio de un país caribeño.

Quizá la nota políticamente más relevante de Cancún haya sido la aparición y consolidación del G20, un bloque de naciones en desarrollo que, bajo el liderazgo de Brasil, La India y China, ha actuado como auténtico contrapoder frente a los más ricos, introduciendo algo de equilibrio en un escenario de negociaciones hasta la fecha radicalmente asimétrico. Este grupo, que, en general, ha contado con el apoyo de las ONGs, tiene dos retos importantes ante sí para consolidarse. En primer lugar, tendría que ampliar su agenda, centrada principalmente en la oposición a los subsidios agrícolas de EE.UU. y de la UE. En segundo lugar, debería desplegar un esfuerzo importante por integrar a los países más pobres, ofreciéndoles y peleando por algo que de verdad interesa a estos últimos: salvaguardar algunos productos y garantizar su soberanía alimentaria.

Y después de Cancún, ¿qué?

El fracaso de Cancún deja a la OMC bastante tocada en su credibilidad y en su utilidad. De las tres últimas reuniones ministeriales, dos han acabado mal. Una de las posibles consecuencias que se apuntan ante este panorama es el abandono del multilateralismo comercial en favor de los acuerdos regionales y bilaterales. Las declaraciones del representante estadounidense tras Cancún apuntaban a esta dirección, y es probable que se redoblen los esfuerzos en dicha línea. Sin embargo, no podemos obviar el hecho de que la existencia de la OMC nunca ha impedido a los gobiernos impulsar acuerdos regionales o bilaterales. Más bien, estos últimos han sido complementarios a los de la organización y han constituido una "OMC plus", en la medida en que se trata de acuerdos más liberalizadores. En función de alianzas e intereses, las potencias comerciales han jugado diferentes partidas en diferentes tableros, pero formando parte todas ellas de una estrategia al servicio de un objetivo común: mayor liberalización comercial, ampliación de la agenda a otros temas como las inversiones y reducción de las capacidades reguladoras de los gobiernos estatales.

De especial interés para Venezuela es la estrategia comercial de los EE.UU. después de Cancún. La posibilidad de que Washington idee una estrategia flexible ante el Tercer Mundo se ve limitada por su determinación de proteger sus agricultores no competitivos en el mercado nacional, así como fomentar sus exportaciones del agro-negocio. Pero más allá de la agricultura, el ideal para los estrategas económicos de EE.UU. es la creación de espacios privilegiados para sus inversores, control financiero de los bancos estadounidenses, apertura de mercados para sus fabricantes y dominio monopolístico de los recursos petrolíferos y energéticos (proteccionismo en casa y liberalismo en el extranjero). Después de Cancún, a través del Acuerdo del Libre Comercio para las Américas (ALCA) dirigirá sus es-

fuerzos a la consecución de acuerdos comerciales en América Latina.

Para Washington, Brasil es el responsable del "fiasco" de Cancún. La táctica de EE.UU. es aislar a Brasil en AL., extrañando a los países latinoamericanos. Y, de hecho, durante las últimas semanas, poco a poco salieron los países latinoamericanos del Grupo de los 20. Primero Colombia, después Paraguay y Uruguay. Finalmente quedaron solamente Argentina y Venezuela al lado de Brasil, líder de los G20 en América Latina. La pregunta es si respecto a las negociaciones del ALCA se puede mantener o restablecer la unidad de los países latinoamericanos frente a las presiones de los EE.UU., o el gigante del norte logrará seducir países particulares a través de algunas concesiones en acuerdos bilaterales. Brasil tampoco es inmune a contra ofertas tentativas en materia de acceso al mercado estadounidense para sus productos como zumo de naranja, soya y otras materias primas. Pero los perdedores de una desintegración de la unidad de las naciones latinoamericanas serían todos los países en su conjunto: una posición negociadora debilitada y enfrentada entre ellos disminuiría las perspectivas a unos resultados positivos o menos desfavorables para los pueblos de América Latina.

•••••

Miguel González

ALBOAN

Klaus Vathroder, S.J.

Centro Gumilla

Miembros de la Red Internacional Jesuita para el Desarrollo y participantes en la conferencia de la OMC en Cancún.